

**Un vampiro cercano:  
la imagen del prestamista en *Don Jaime* (1886) de Antenor J. Váscones**

Helen Garnica Brocos

(Red Interdisciplinaria de Estudios Latinoamericanos Siglo XIX)

Tras la firma del Tratado de Ancón (1883), se suscitó el conflicto entre el presidente provisional Miguel Iglesias, quien era objeto de amplio rechazo popular, y el general Andrés Avelino Cáceres, el cual ingresó a Lima el 01 de diciembre de 1885 y recibió el apoyo de “muchas personas de prestigio” (Valcárcel 217) y la población, dado que se consideraba a Iglesias como un símbolo de felonía y supeditación hacia Chile. Luego del desplazamiento de este, no se avizoraría el devenir con pleno optimismo porque el Perú era un país en crisis que continuaba debatiéndose entre los resabios del fracaso y la esperanza futura: ante la impagable deuda externa y la pérdida de Tarapacá, uno de los principales suministros económicos del país, se oponían los actos loables emprendidos en pro de la reconstrucción nacional. Así, Ricardo Palma reabrió las puertas de la Biblioteca Nacional con 27894 mil ejemplares, menos de la quinta parte de lo que se poseía hacia 1880, y se admitió la presencia de estudiantado en los claustros sanmarquinos, los cuales habían sido ocupados y destruidos por el ejército chileno, bajo la égida de Francisco García Calderón. Esta búsqueda de reconstrucción se aprecia en el discurso de Andrés Avelino Cáceres al asumir la presidencia en junio de 1886: “Después de un periodo de luchas sangrientas y conmovedores desastres, el Perú se reconstituye, por sus propios esfuerzos, sobre los escombros del pasado” (1). Erigirse desde los escombros se convertirá una máxima para toda la generación que padeció los efectos de la devastadora guerra y que buscaba indagar en las causas fundacionales del fracaso del país.

La sensación de un país reconstituido calaría, por ello, a nivel general en los diferentes estamentos políticos; basta recordar que el doctor Juan Gonzalez Rolando, presidente provisional del Círculo Democrático, al entregar la presidencia a Elías Malpartida, anotaba que “levántase el Perú, hoy día, como un sepulcro de lo pasado, marcado con el signo del patriotismo” (1) y, con ello, volvía a instalar las metáforas de la enfermedad que permearon gran parte del discurso de fines del XIX acerca del país como un cuerpo maltrecho que debe desprenderse de su propia agonía. Asimismo, en sintonía con la beligerante prédica de Manuel González Prada, incidió en que la clase dirigente, tras la asunción de la Independencia, careció de la capacidad para conducir los destinos del país que no ha tenido más que una “lúgubre historia” (2) como legado para el futuro. Precisamente, escribir una nueva historia se asumirá

a través de la constitución de una República de papel fundamentada en las interconexiones entre las redes de la prensa y la política, la búsqueda de tipos morales, la inmersión en el espacio público y la generación de una “Comunidad de autores, lectores y oyentes” (Denegri y Velázquez 13) que funcionaba como una pequeña alegoría nacional. De ese modo, en esta república letrada, se crean “sistemas de modelización de la sociedad en los que la prensa imprime y fija conductas para validarlas o descalificarlas” (Denegri y Velázquez 13), lo cual se traduce en la aparición de periódicos y revistas que publican, principalmente, novelas de folletín dirigidas al gran público.

### **La aparición de Don Jaime**

Existen varios ejemplos, hacia 1886, sobre este afán letrado que, desde diversas aristas, indagaba sobre cómo enmendar y reconfigurar un país en ruinas: desde el testimonio novelesco de Carlos Paz Soldán en el diario *El Sol* con miras a garantizar un mejor trato para los pacientes de El asilo de insanos y comprobar la veracidad de la prédica espiritista hasta la fundación de *El Ateneo de Lima* para engarzar las letras y la ciencia de modo racional. En el último caso, su director Eugenio Larrabure y Unanue, durante inicios de enero de tal año, estructuró su discurso como un tránsito del desastre a la esperanza, donde primaba la imperiosa necesidad de refundarlo “casi todo” (20), dado que se encontraban en una situación de quiebre para la historia: una refundación encaminada hacia el progreso o la preservación de la debacle. De esta revista, destacamos el apartado denominado Sección de Literatura y Bellas Artes que dirigía Ricardo Rossel; este ofreció una disertación crítica sobre los yerros pasados y el nuevo camino por hacer. Rossel priorizó el papel del Arte, en tanto este surge cuando la cultura humana alcanza un grado de sofisticación pleno: verbigracia, la quietud introspectiva del hombre que descansa tras la caza origina la formulación de la poesía; además, concibe que “Para tal Ciencia, tal Arte. Juntos y abrazados empujan con su común esfuerzo el carro del progreso” (Rossel 25) porque el arte posee una utilidad práctica para la mejora de una sociedad. No obstante, en el contexto peruano, la tarea de un artista demanda mayor esfuerzo:

hoy más que nunca, todo el que sepa manejar una pluma, todo el que sienta arder la inspiración en su cerebro y palpar su corazón con el amor á este bendito pedazo de tierra sobre el cual alienta cuanto nos es caro en la vida, tiene la obligación de prestar su contingente en la obra común de reconstrucción. (Rossel 27)

Utilidad y verdad son dos criterios que definirán el grueso de la producción escrita después de la guerra, ello traza una frontera entre aquella “literatura frívola que sólo presenta algunas flores de estilo entre el inútil y pomposo follaje que cubre un asunto trivial” (Rossel 27) y el deber

patriótico escritural que alienta a los nuevos artistas. Estos tendrían que crear a partir de las necesidades de la patria, la cual, en contraste con países más avanzados, se halla postrada y requiere de la intervención de sus intelectuales para corregir las taras que condujeron a la derrota, tal como si el artista fuese un médico que diagnostique y otorgue el paliativo.

La persecución de nuevos modos literarios produciría una especie de coexistencia y síntesis entre la moral neoclásica hispana, el sufrimiento trágico romántico y la prédica naturalista, estas dos últimas significaron un viraje hacia el cosmopolitismo en la escena peruana que asimila como paradigmas a Lord Byron, Víctor Hugo y Émile Zola, así como el vuelco del nosotros criollo ciudadano hacia el otro andino indígena (Huárag 128): *Los desheredados* (1870) de José L. Recabarren y *Aves sin nido* (1889) de Clorinda Matto de Turner fueron parte de ese acercamiento hacia el indio, en la medida que la literatura se mostró, en parte, como un vehículo de cuestionamiento a las viejas estructuras sociales que impedían la tan ansiada modernidad.

Modernidad tras la destrucción no es una consigna anómala, pues la necesidad de reconstruir invita a (re)pensar las bases del contrato nacional de la emergente república, esto no solo se focalizará en los abusos infligidos hacia los indígenas sino, también, en la representación de la diversidad de sujetos que deberían ser parte del nuevo proyecto. Por ejemplo, Abelardo Gamarra, Manuel Moncloa y Federico Elguera conformarían, a decir de Jannet Torres, el neocostumbrismo peruano abocado a las “tensiones dentro de los grupos sociales y sus intentos de adaptarse a los cambios hacia fines del S. XIX e inicios del siglo XX” (365); dichas tensiones posibilitarían mostrar el mapa de los sujetos y sus acomodaciones desde una conducta moralmente incorrecta o raigambre racial sancionada. La exhibición de los tipos sociales, tanto nuevos como residuales, daba cuenta de aquellas falencias por corregir en la constitución de la nación imaginada.

En la república de las letras, un personaje que juega un rol fundamental es el francés Carlos Prince, de quien Dora Banzhaf, en su tesis *Historia de la Imprenta de Carlos Prince* (1958), resalta su aporte en el plano cultural peruano, en la medida que “no fue sólo un impresor, sino también fue autor y editor de obras populares” (3), folletos y material diverso que se conoce, en ocasiones, solo por referencia. Su trabajo bibliográfico documenta más de cuatrocientos textos de diversa índole: desde novelas sin reediciones futuras hasta fascículos educativos.

Prince fue un editor parisino nacido en 1836, quien, luego de cuatro años de experiencia adquirida en la imprenta de su tío, emprendió una travesía que lo conduciría a Nueva York, Canadá y Centroamérica, lugares donde desempeñó tareas diversas como boticario o filibustero. En 1862 arribaría al puerto del Callao y, ya en Lima, “se casó con Josefa Bengoa y Mogrovejo, y tuvo dos hijas” (Banzhaf 12). En la urbe inició un activo trabajo editorial en

colaboración con renombradas figuras como Manuel Atanasio Fuentes y fue docente en la Escuela Municipal de Artes y Oficios; empero, su figura se vuelve primordial para el espacio libresco debido a la fundación de su Imprenta del Universo donde “editó toda clase de libros, desde textos escolares hasta valiosas obras de literatura, historia o derecho” (Banzhaf 13), así como manuales y material de difusión en su denominada Biblioteca Popular dirigida al amplio público.

Pese al trabajo de Prince en aras de la cultura, el Congreso, en 1906, denegaría su pedido de apoyo económico para la edición de sus obras, hecho del cual daría testimonio en *Mi estancia de medio siglo en Lima (1862- 1912)*, en el que inicia con un cuestionamiento explícito al estado peruano como promotor de cultura, ya que rememora el discurso del expresidente José Pardo, quien inauguró el Instituto Histórico de Lima el 29 de julio de 1907 e hizo hincapié en el rol estatal como albacea de la cultura: “Pero tales palabras vertidas por el jefe del Estado en aquella época y en aquella ceremonia, no pasan de ser una paradoja, una utopía, una aserción falsa, que en los últimos tiempos no ha tenido realización en este país” (*Mi estancia* 3). Para el parisino, los presidentes de antes, desde José Balta hasta José Pardo, sí costeaban los gastos de impresión de los autores y eran pródigos con intelectuales que no siempre se condujeron de manera correcta:

Se cita el caso, entre otros, de un escritor de alta influencia, que logró del Congreso del Perú un subsidio de 40,000 soles para imprimir en Europa una obra suya lingüística, en tres tomos, de la que, para salir del paso, sólo publicó uno, quedando así trunca la obra; pero con esos 40, 000 soles se divirtió bastante en paseos por toda Europa. (*Mi estancia* 4)

Estos ejemplos forman parte de un pasado distante donde el intelectual pudo hacer lucro de las arcas gubernamentales, pero, hacia puertas del siglo XX, el Gobierno ya no apoya la literatura ni la historia, salvo que sean periódicos o revistas vinculadas al poder y con fines proselitistas. Además, las autoridades arguyen no tener erario para dichas tareas y, adicional a ello, no existen casas editoras que puedan autosustentarse ni un público lector que financie los costos de la impresión:

Si Lima contara, como en las grandes metrópolis de Europa y Estados Unidos de Norte América, con casas editoras que prohicieran las obras de los literatos é historiadores del país, no habría necesidad de que estos escritores acudieran en solicitud del Gobierno para conseguir la impresión de sus obras; pero, ya que no existen en el país tales casas editoras, los autores no tienen otro recurso, para dar á luz sus trabajos, que acudir á esa misma protección oficial. (*Mi estancia* 6)

Es más, alude a los pocos réditos obtenidos de su trabajo como impresor porque los gastos suelen ser asumidos, la mayoría de veces, a nombre propio, dado que el público peruano es poco afecto a la lectura y los autores carecen del apoyo gubernamental. Pese a ello, publicó diecisiete ediciones de las cuales destacamos *Vida edificante de la gloriosa Santa Rosa de Lima, Patrona de América, Filipinas e Indias* por el tercer centenario de Santa Rosa de María, cuya edición contiene grabados hechos en París y la publicación se dio en el mismo año que la novela de Antenor J. Váscones: *Don Jaime el prestamista ó los vampiros de la humanidad*.

Antenor J. Váscones es un escritor prácticamente desconocido para la tradición literaria peruana y las alusiones respecto a su figura son exiguas: aparece en el *Índice informativo de la novela hispanoamericana. Tomo V (Bolivia, Ecuador, Perú)* de Edna Coll (540) y en la *Guía de domicilio é industrial de Lima y comercial de las provincias del Callao y Huancayo* (1887) realizada por Clodomiro Soto y Enrique Ramirez Gaston; en esta última, se observa un anuncio (Figura 1) donde ofrece sus servicios como “Profesor de Instrucción primaria y media. Da clases a domicilio de 8 a 11 A.M” (67). La continuidad de su labor como educador se evidencia en una misiva remitida a José de la Riva Agüero el 12 de julio de 1931 cuando este era alcalde de Lima. Váscones apela a los elogios y al conocimiento del trabajo intelectual y político de Riva Agüero para anunciar que los miembros de la Sociedad Ilustración Popular, donde se ejerce la enseñanza de forma gratuita, acordaron:

aclamarlo por unanimidad de votos (86) en el doble carácter, de socio protector y benefactor y de presidente honorario vitalicio de alto mérito, que es el mayor honor que puede dispensar la sociedad, y que se hallaba vacante, por haber sido el expresidente de la República, señor don Augusto B. Leguía, procesado por dilapidación de caudales públicos (“Carta” 382).

Cabe resaltar que el tránsito de la didáctica individual y privada en 1887 hacia la conformación de una sociedad constituida sin fines de lucro después de cuarenta años se puede rastrear porque Váscones sigue domiciliado en Lima y desempeñándose como docente según se muestra en el “Directorio de Lima” en el *Almanaque* perteneciente a *El Comercio* (1892). En otras palabras, se evidencia un crecimiento a nivel profesional por parte del autor, ya que pasó de sesiones privadas a una institución organizada.

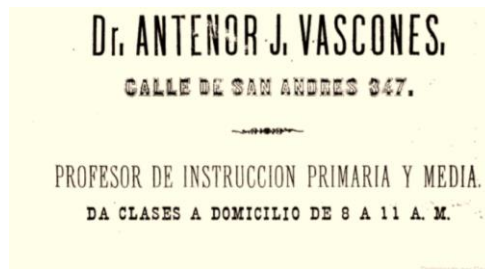


Figura 1. Casa del prestamista

Fuente: *Guía de de domicilio é industrial de Lima y comercial de las provincias del Callao y Huancayo*. Lima, Imprenta Masías y Ca, 1887, p. 67.

Con respecto a su trabajo literario, como hemos señalado, publicó, además de *Don Jaime*, la novela *Enrique o resultados de una pasión* el mismo año en la Imprenta del Universo de Prince. La presentación del primer libro fue, acorde a Banzhaf, “Sin portada [y con los] Tipos algo gastados” (119); a su vez, en el prólogo, Váscones, en concordancia con los pedidos de una literatura útil y verdadera de Rossel, señala la importancia de una producción que garantice “la rigurosa lógica de los hechos y la incontrastable revelación sagrada de la moral” (3). Justamente, César Toro Montalvo, en *Historia de la literatura peruana*, destaca los veintiocho capítulos como “moraleja de la vida” (539) porque el autor persigue la corrección de la sociedad peruana a través de la ficción, aunque mostrar y sancionar diversos tipos morales provoca que “A veces de tanto inculcar, peca de reiterativo” (539), esto deviene en la pérdida de la trama principal y en un tufillo moralizante que instala a un narrador omnisciente que interviene constantemente para ofrecer juicios de valor.

### **Don Jaime, un prestamista vampiro**

El vampiro, a decir del benedictino Augustin Calmet, se presentaba como una criatura que trascendía el mundo de los muertos y retornaba a la tierra para infligir mal a sus congéneres mediante la ingesta de sangre, la mella en el ganado o la búsqueda de placeres carnales. Así, hasta la aparición de *Drácula* (1897) de Bram Stoker, la imagen del vampiro no se hallaba delimitada exclusivamente a su sed de sangre sino a la capacidad de causar mal entre los vivos, de modo que estos solían ser sujetos caracterizados por su malevolencia y ruindad cuando vivos:

La antigüedad cristiana suministra algunos ejemplos de personas excomulgadas, que han salido manifiestamente y a la vista de todo el mundo de sus tumbas y de las iglesias, cuando el diácono ordenaba retirarse a los excomulgados y a los que no comulgaban con los santos misterios. Desde hace varios siglos no se ha vuelto a ver nada semejante,

aunque no se ignora que los cuerpos de algunos excomulgados, muertos en la excomunión y en las censuras, están inhumados en las iglesias (28-9).

La expulsión clerical se aúna con la sanción moral que se gestó sobre los que retornan de las sombras, ya que Calmet detectó numerosos casos en Polonia, Moravia, Hungría y parte del orbe donde los revivientes habían cometido algún exceso en vida o estaban inmersos en un ámbito de peste; para el último caso, citó historias de madres enfermas que fueron sepultadas embarazadas y volvieron para devorar a su prole o atormentar a sus familiares. Resulta curioso que, aunque Calmet no creía plenamente en las historias que recoge, apuntó a la posibilidad de un sustrato de verdad anclado en el saber bíblico: los vampiros existen por “efecto de la sola potencia de Dios” (32) y hay pruebas de ello en los Evangelios (la transfiguración de Jesús, por ejemplo). También, resaltamos el caso de una muchacha peruana que falleció “de una muerte desgraciada y culpable de varios sacrilegios” (93) para dar paso a una resurrección donde, entre aullidos de perros y coces de un corcel agitado, retornó y afectó a los miembros de su casa: lastimó a las sirvientas, arrojó las tejas de su casa, se apareció como espectro y destrozó un crucifijo. El pecado en vida se transfiere al cuerpo yerto y lo insta a cometer desmanes atacando a los vivos, lo cual justifica que una joven de dieciséis años puede ser presa de un furor que azota a los vivos y la transforma en una criatura monstruosa.

Esta aparición vampírica suscitada antes del siglo XVIII en Perú se enlazó con el creciente interés por estos seres hacia el XIX, ya que el término fue incluido en el diccionario de la Real Academia Española en 1843 e historias como una “Una escena del vampirismo” del escritor francés Próspero Mérimée se publicaron en Lima en 1877. Según Elton Honores, no obstante, en gran parte del largo XIX, la nomenclatura vampiro “hacía referencia a un sujeto que se aprovechaba del otro (dixit: como el usurero o médico)” (14) porque estos absorbían los bienes de sus congéneres.

*Don Jaime el prestamista ó los vampiros de la humanidad* nos instala ante la historia de un español venido a Lima, quien, ya anciano y solitario, se caracteriza porque “no soñaba sino con el deseo de aumentar cada día los ochavos de su bolsa” (Váscones 5), de manera que servirá como ejemplo inmoral del proceder del ser humano. El autor divide su novela en veintiocho capítulos que podemos, siguiendo un criterio temático, estructurar de tres maneras: los primeros dieciocho capítulos están abocados a la criminalización y muerte del usurero; del apartado diecinueve al veinticinco se aprecia la herencia del prestamista sobre los sujetos que, ya sea por lazos filiales o amicales, conformaron su entorno inmediato; y, finalmente, los tres capítulos restantes dan paso a reflexiones morales donde la voz del narrador cobra mayor relevancia para, semejante a la imagen de un padre o docente, instruir a sus semejantes sobre

los peligros de incurrir en conductas inadecuadas, tales como la adicción al juego, el deseo suicida o la maligna usura.

La primera parte es la más interesante y se caracteriza por la continuidad de los eventos acaecidos a rededor de la figura de don Jaime, quien, desde un inicio, se muestra como un sujeto repulsivo, puesto que vive en la calle de la Amargura en una casucha lóbrega y sus instintos se abocan a dos planos: el afán de granjearse dinero a costa de negocios ilícitos (dirige robos y estafa a sus clientes) y el deseo sexual. El binomio dinero y sexo coincide con la representación monstruosa otorgada a los judíos en el imaginario latinoamericano decimonónico cuya raigambre se halla enraizada al judío errante como un ser sancionado por gracia divina:

Son personajes ambivalentes porque constituyen el espacio radical de la alteridad, pero también condensan fantasías económicas y sexuales, típicas de la modernidad capitalista: un trato intensamente afectivo con el oro y el dinero, y un deseo sexual desbordado, sin límites. (Velázquez, “Monstruos multiformes” 203)

Los judíos están signados, al igual que Don Jaime, por una búsqueda excesiva de oro que los distancian de sus semejantes cristianos y los posicionan como un otro radical, ello se aprecia en obras como “El judío errante” de Ricardo Palma en que el supuesto protagonista esparce el cólera asiático o *El padre Horán* de Narciso Aréstegui que recrea el aislamiento y suciedad a rededor de un judío rodeado de animales que “ejerce una terrible tiranía, metonimia de su explotación financiera de la colectividad” (Velázquez, “Monstruos multiformes” 210). De manera similar, el anciano Jaime, pese a no ser judío, linda con la criminalidad que se ha transferido a su cuerpo, en tanto sus ojos están apagados y semejan carecer de alma, se halla rodeado de ladrones que lo reconocen como una figura protectora y solo se conmueve ante las féminas hermosas, esto último se visibiliza en la conmoción que experimenta ante la contemplación de una bella muchacha: “atravesó el corazón empedernido del monarca usurero” (Váscones 7). No se instala como un simple prestamista que recibe objetos empeñados de ciudadanos honrados sino, más bien, asociado a criminales; en tal forma, cuando un joven ladrón lo intercepta para venderle lo robado, él reacciona y empuña el puñal para defenderse como si fuese un delincuente más en la ciudad.

Es más, los propios criminales coinciden en que “es protector del oficio” (Váscones 8) y esta ironía se traslada a la imagen jánica con respecto a su intervención en la vida pública: ante los ojos de las autoridades, a quienes agasaja con pasteles al fiado y el vino de la peor calidad posible, es un ciudadano honorable porque posee fortuna, pero ellos mismos también hacen escarnio de su tacañería. Inclusive, tal como el enfrentamiento entre Carlota y Tadeo en *El*



*padre Horán*, el avaro se verá amenazado por una vieja aliada suya en el mercado y los vecinos reaccionarán apoyándolo por ser una persona reconocida o instarán a las autoridades que lo detengan porque saben de los abusos que este comete. La actitud ambivalente se seguirá observando hacia el final de don Jaime, debido a que un alguacil irrumpirá en su casa para requisar los bienes de la iglesia del Patriarca Santo Domingo que este ha comprado ilegalmente, pero no obtendrán pruebas suficientes para su detención; además, los vecinos lo defienden por ser beato o lo condenan por usura. Por eso, el avaro transita de lo legal a lo ilegal continuamente y son los propios sujetos de su medio quienes no terminan de aprehender su figura por completo: la estructura estatal, la cual condena el narrador por permitir sujetos de la ralea de don Jaime, autoriza su existencia y la sociedad los necesita por ser quienes facilitan dinero cuando se enfrentan urgencias, pero, por otra parte, los avaros se valen de su legitimidad para posibilitar el pase de su mal accionar, ya que cobran intereses estrambóticos, cambian joyas verdaderas por falsas y admiten la recepción de lo robado.

Con respecto a la esfera privada, la suciedad de sus indumentarias (la capa raída y sin tiempo) se halla enlazada con los tormentos del usurero, quien no puede dormir por la culpabilidad y se ve obligado a “revolotear de un lado á otro con la conciencia intranquila, con el corazón oprimido, con el alma sobresaltada” (Váscones 9). Igualmente, don Jaime organiza su propia corte del mal a rededor de su “laboratorio de cuanto malo y perverso estableció el mismo Lucifer” (Váscones 13), donde colabora activamente con una anciana beata mendicante, un joyero que falsifica piedras preciosas y una caterva de ladrones que él lidera. De entre estos, descuella la vieja Catalina, la cual hace gala de una falsa rectitud moral y se muestra ante las mujeres como una noble rezadora que requiere protección, aunque su verdadero fin es hacer un conteo de los objetos valiosos de las viviendas ricas y avisar al cicatero. La movilidad que detenta Catalina obedece a que ejerce como mendicante en la ciudad y su presencia permite que las familias muestren un cariz de solidaridad para con el prójimo:

Uno de los rasgos que más principalmente caracteriza a los moradores de esta capital, es su espíritu esencialmente caritativo pues tratándose de una acción que tienda a socorrer la indigencia o practicar algún acto de beneficencia pública, nunca falta el generoso óbolo de los limeños. El bello sexo, principalmente, se distingue por sus humanitarios sentimientos. (Prince, *Lima Antigua* 148)

La mendicante Catalina discierne el mundo de apariencias reinante en la capital, dado que las madres y jóvenes pueden lucir piadosas otorgándole caridad; entonces, ella hace uso de tal exhibición para coludirse con Don Jaime y obtener dinero, así sea escaso, a cambio. En este mundo de apariencias, son las mujeres quienes, al estar lejos de la inquisitiva mirada pública,

engañan sin recibir una sanción directa. A la mendicante, se le suma “Una maldita negra, cocinera antigua de por los barrios de don Jaime, se le presentó un día con una docena de cucharas de plata” (Váscones 39), la cual anuncia irá trayendo más objetos para obtener réditos. La mendicante y la cocinera forman parte del espacio doméstico de las casas señoriales y pueden conocer los interiores sin ser sospechosas, mas la primera posee una mayor agencia al ser ubicua en diferentes casas.

Otro elemento importante de su entorno es el joven ladrón Alberto que enferma gravemente y “había pasado malos tiempos y arrastrado todo género de miserias, hasta el extremo de hallarse pastor de chanchos” (Váscones 26), ya que, cual hijo pródigo bíblico que cayó en abismos de miseria por su persecución de placeres sin límites, retorna a don Jaime, a quien creía su protector, y recibe su rechazo por no serle útil. Tal conducta signa al usurero quien persigue exclusivamente “sangrar ó desangrar a la mísera grey humana” (Váscones 11) y se desembaraza de sus antiguos subordinados cuando ya no les son útiles: la vieja Catalina lo confronta y Alberto se marcha decepcionado.

Como habíamos señalado, el impulso sexual atormenta a don Jaime porque este le devuelve la humanidad que la sed de oro ha saturado: el deseo constituye un peligro que lo expone ante amenazas mayores. A su vez, su cuerpo es abyecto para las propias prostitutas porque “quiso echar una cana al aire, dirigiéndose por la calle de Belaochaga”, pero no le ofrecieron compañía. La carencia de comercio carnal lo arroja a la iglesia donde se ve expuesto ante una beldad de quince años que lo atrae hasta su morada; resulta simbólico el recorrido del codicioso que dibuja la prevalencia del deseo: primero marcha a la calle Belaochaga, la cual está signada por el pecado y es el espacio que Marcel Velázquez reconoce como escenario donde se daría un proceso jurídico contra tres varones travestidos acusados de pederastia en su artículo “El caso Belaochaga (1907). Represión policial y representación periodística de la homosexualidad en Lima”; luego, al templo San Lázaro donde se le presenta la oportunidad de redimirse y ofrecer una limosna para purificar sus yerros, pero su ambición supera su arrepentimiento; finalmente, es instado por una muchacha a salir de la iglesia y seguirlo:

Esta joven de aspecto agradable, de mirada de fuego, de ademan gracioso y de andar lleno de garbo y primor, atraía sin querer, muchas veces la atención á uno de los mas escépticos en materia de amor. Tocar tan íntimamente el corazón del usurero había sido una empresa colosal. (Váscones 32)

Justamente, esta fémica, quien aparente estar restringida solo a la esfera privada por ser expuesta en su casa y en la iglesia, terminará siendo una de las desencadenantes de la perdición de don Jaime, ya que lo lleva ante un anciano cobrizo y ladrón que repudiaba al usurero. Este

torturará, humillará y robará las prendas del avaro, quien, nuevamente, se hallará ante la disyuntiva de abandonar su negocio o ensancharlo para granjearse mayores ganancias; es decir, Jaime se ha salvado por efecto de la divina providencia que parece otorgarle otra oportunidad para enmendarse y abandonar su vil oficio. Empero, siguiendo lo planteado con respecto al judío, es imposible separarse del dinero y “Este despojo sólo puede conducirlos a la locura, el delirio, y luego a la muerte” (Velázquez 221), de manera que el avaro desechará toda idea de abandono e incrementará su accionar dañino hacia sus vecinos.

Sin embargo, la última disyuntiva ya no se presenta solamente como un atisbo divino o un sentimiento de culpabilidad dentro del recinto religioso sino una intervención directa, en la medida que dos priores, testigos de las mal andanzas del lego Serafín y su asociación con don Jaime, marcharán a su morada y le ofrecerán la oportunidad de salvarse al pedirle que devuelva los objetos sacros que compró: el cicatero puede revelar los lugares en que realmente resguarda las riquezas sustraídas o preservar su mentira para afirmar que no recibió objeto alguno. Jaime elige la segunda vía y ello marca el descenso definitivo hacia la locura: “Ved, pues, al célebre prestamista de la Calle de la Amargura, implorando la caridad pública. Está poseído de enagenación mental” (Váscones 56). El final del protagonista se erige como un símbolo de los efectos nocivos de la falta de arrepentimiento y es, allí, cuando se materializa la concepción del vampiro, en tanto este se caracterizaba por detentar un exceso frente al común de los sujetos: su expulsión de los fueros de la cristiandad los marca como entes malditos que retornan de la muerte para causar caos en el mundo de los vivos. Así, don Jaime pasa a convertirse en un sujeto que ha elegido evadirse de Dios en su búsqueda desmedida de riquezas, ello lo convierte en un orate que acaba revelando los espacios donde entierra el dinero y su cuerpo, antes ambivalente por estar revestido de dinero, pasa a ser completamente infecto:

En el Cementerio es confundido con ocho cadáveres mas. Los sepultureros, sin respeto, sin consideración alguna á los despojos del que fue, á todos arrojan a una inmensa fosa, donde descansarán hasta el último dia... ¡Triste y dolorosa es en verdad, la humilde condicion del ser humano...! (Váscones 57)

El cese de don Jaime no clausura los efectos nocivos que se gestaron en torno a su cuerpo y, tal cual este fuese asidero de infección, la segunda parte de la novela nos mostrará las vías por las que discurren las otras existencias paralelas al avaro: Catalina, su hija no reconocida Amelia y el hotelero Tomás. En primera instancia, la anciana Catalina, quien era cómplice y exhibía una imagen falsa de religiosidad, experimenta un cuadro de enfermedad y asume la convalecencia como una advertencia divina que la impele a cambiar radicalmente y devenir en protectora de los menesterosos. A diferencia de don Jaime que muere miserablemente y en el

anonimato, el fallecimiento de la vieja Catalina se halla revestido del llanto de sus congéneres y trasciende el plano terrenal, tal es así que permanecerá “eternamente grabada en la memoria de seres reconocidos” (Váscones 59). La oposición básica que se plantea reside en un don Jaime finito por haber hecho solo tesoros en la tierra que acabaron reduciéndose a polvo frente a una Catalina que acogió al necesitado y se volvió inmortal por su caridad cristiana. Ambos eran vistos negativamente por el narrador, pero la denominada tía Catalina sí acude al llamado de la providencia y enmienda su camino; de ese modo, el relato no es plenamente determinista, de allí que no se aluda explícitamente a un origen judío para don Jaime porque se ofrecen múltiples ocasiones donde este puede corregir su proceder.

Cabe resaltar que la plenitud determinista no se extiende a las decisiones de los sujetos que no poseen lazos filiales con él, pero sí a su familia porque esta misma parece haber sido alcanzada por la malignidad de los sujetos en vida. De hecho, ello no es ajeno a los vampiros porque estos seres parecen contaminar con su presencia los espacios y sujetos que han mantenido cercanos: Calmet recupera el caso de San Martín, arzobispo de Tours, quien descubrió un altar erigido a un supuesto santo que, en realidad, era un criminal; ante la situación, no bastó con advertir al gentío sino destruir el túmulo porque solo eso “curó al pueblo supersticioso de su ignorancia” (43). Destruir, desmembrar y quemar son parte de los mecanismos que emplean los sujetos para conjurar la presencia vampírica desde hace siglos y, pese a que don Jaime no es un héroe de la narrativa gótica, sus lazos filiales marcan trágicamente el destino de sus familiares: Amelia, una hija no reconocida y concebida en su juventud, purgará los pecados de su padre porque perderá al esposo amado, se hallará sumida en la pobreza, entregará al hijo para que sea criado por otras manos y se recluirá en un convento. Si bien es cierto que el destino de Fausto, nieto de don Jaime, parece ser promisorio, esto no basta porque el hijo extrañará constantemente a su madre al ser consciente de que le está vedado franquear los muros del Monasterio de Santa Catalina para reunirse con esta: “Qué rara coincidencia! Ha quedado siempre huérfano! Su situación es dura, sus placeres se tornan amargos ante la sola idea de ese funesto recuerdo” (Váscones 70). La redención, para la hija, solo es posible recluyéndose en el espacio sagrado que el padre rechazó continuamente, mientras que para el nieto ello se da a través de la pérdida de los rezagos familiares que mantiene con don Jaime.

En torno a Tomás, guarda que descubre los tesoros de don Jaime, también se avizora una suerte de maldición porque las riquezas le generan un destino adverso. Él utiliza el dinero del usurero y transforma la casucha en un lujoso hotel que deviene en otro asidero de perdición: “un lugar abominable donde se ostentaba el vicio” (Váscones 70) y que, siguiendo su toma de decisiones y el hado funesto que el avaro deja tras su muerte, lo sumergirá en la mendicidad y la locura.

Este hado se aprecia porque el cuerpo del avaro es como un punto pestilente capaz de extender su maledicencia hacia los sujetos que giran en torno a este: Tomás contemplará el cadáver del cicatero y sentirá que apoderarse de los tesoros se traduce en “no tuvo mi alma regocijo alguno, puedo afirmarlo con entera convicción, mas bien sentí una especie de tristeza y un pesar inexplicable” (Váscones 72). Tanto su familia, su casa y sus riquezas han sido una extensión de la presencia vampírica de don Jaime y, aunque este no resucita como dichas criaturas, sí puede extender su garra sobre aquellos que se alejan del espacio divino.

Acerca de la tercera parte de la novela, esta marca una escisión con respecto al hilo de acontecimientos gestados a rededor del usurero, ya que, en consonancia con la línea neoclásica que enarbola un fin moralizante y el tono instructivo, el narrador reflexiona sobre los otros “Vampiros de la humanidad, los hay en todas las profesiones sociales” (Váscones 72) y traza un mapa de oficios, vicios y costumbres imperantes en Lima, de modo que detecta desde el escribano miserable hasta el duelista colérico. La voz narrativa insta a sus lectores, ya sean adultos o niños, a transitar por los caminos del bien y huir de toda condición que se les presente meramente placentera; posiblemente este tono narrativo moralista marque un declive en la ficción construida a rededor del vampiro, ya que se pierde la fijación en el usurero y se remarca el acto novelesco como un servicio en pro de la reconstrucción del país: “profunda gratitud hacia la bondad del público lector y de las personas verdaderamente amantes del progreso de las letras” (Váscones 82). Empero, recordemos, que el objetivo de gran parte de la intelectualidad consistía en “emplear la literatura como una *plataforma* para develar el mal manejo político, social y económico de las élites de poder” (Mallqui y Astocóndor 32). La construcción de una esfera letrada implicaba un producto artístico que conmueva a los ciudadanos y los lleve a repensar sobre los papeles que cada uno adquiriría tras la guerra; en tal forma, refundar la nación se traduce, en la obra de Váscones, en la presentación de un nosotros civilizado y moral frente a un otro monstruoso que debe ser purgado del nuevo pacto nacional. Su postura no sería ajena a las letras nacionales y la propia Clorinda Matto de Turner, en su novela *Herencia* (1895), retomaría la figura del avaro para observar cómo este hacía mella ya sea en las clases altas y en las bajas:

Penetrando en el establecimiento veíase un hacinamiento indescriptible de objetos usados: desde la máquina de coser con los carteles enmohecidos, hasta la cuja del santuario matrimonial; y en la estantería, dividida en casillas, envoltorios con número y letrero de fecha, formando, cada cual, el cadáver de la fortuna encerrado en su nicho con el epitafio de la ruina y la desolación. (30)

El usurero que aparece en *Herencia* vive en un cúmulo informe de objetos que tasa a costos bajísimos a cambio de intereses excesivos; es más, la voz narrativa también reconoce el lugar como una especie de “Estigia del infortunio” (30), con lo que advierte sobre estos “entes que impiden la formación de una nación moderna” (Mallqui y Astocóndor 50) y, en sintonía con Váscones, ofrece un retrato descarnado de la sociedad de fines de siglo peruana, la misma que se halla en vías de desarrollo y requiere de la intervención directa de la ciudadanía y del Estado para disociarse de las monstruosidades humanas que infligen dolor a toda escala.

Como coda a este breve comentario, sería pertinente acusar que, ya sumergidos en el siglo XX, la figura del prestamista no se habrá extinguido de la conformación de la sociedad moderna. Inclusive, ya en el gobierno de Augusto B. Leguía y en pleno desarrollo de su proyecto nacional Patria Nueva, en la revista *Variedades*, dirigida por Clemente Palma, aparecería el poema “Desde mi ‘Chaise Longue’” firmado por Tip- Top, quien posiblemente era Carlos Gamarra (Liendo 192), en el que una voz poética festiva se burla de los escombros dejados por los tres días del Carnaval y anuncia, ya sin dinero y herido, que marchará a la casa de empeños donde, de seguro, se encontrará con el lector. La representación gráfica de Raúl Vizcarra (Figura 2) visibiliza la figura del avaro animalizada y se aprecia el tránsito del vampiro hacia la rata que despoja a sus famélicos clientes y los llena de papeletas carísimas:



Figura 2. Casa del prestamista

Fuente: *Variedades. Revista Semanal Ilustrada*, marzo, 1930, p.2.

La pervivencia de la ilustración del prestamista permite apreciar cómo se sigue manteniendo el carácter de otro con respecto a los sujetos, en tanto el cliente escapa semidesnudo y exhausto del lugar llamado “La Piedra Filosofal” que nos remite al saber alquímico, el cual se atribuía a los judíos por sus supuestos vínculos con la nigromancia, y a su extrañeza con respecto al espacio humano. Es decir, a fines del XIX y en la tercera década del siglo XX, el usurero sigue siendo una figura dañina para el país que oscila entre el campo de lo monstruoso y lo animal. En suma, Antenor J. Váscones, en su novela *Don Jaime el prestamista ó los vampiros de la humanidad*, otorga centralidad a una figura que se erigió como un escollo tras la guerra con

Chile, dado que simbolizaba la usura y el alejamiento con respecto a la divinidad. La adopción de la nomenclatura vampiro no es gratuita, en la medida que el prestamista se configura como un otro que contamina, con su sola existencia, el espacio en que se halla inscrito y afecta el devenir de los sujetos, ya sean sus colaboradores o familiares. La preocupación moral de la voz narrativa trasciende 1886, año ambivalente por las ruinas del conflicto y la esperanza a cargo de un nuevo presidente, y se puede rastrear hasta avanzado el siglo XX porque los “benévolo[s] lector[es]” (Váscones 55) parecen no haber aprendido la lección y los ciudadanos, luego del boato y el exceso, siguen recorriendo la Calle de la Amargura.

## Referencias

- Banzhaf, Dora. *Historia de la Imprenta de Carlos Prince*. 1958. Escuela Nacional de Bibliotecarios, Tesis.
- Cáceres, Andrés Avelino. *Mensaje del presidente constitucional del Perú, general Andrés Avelino Cáceres, al Congreso Nacional, el 3 de junio de 1886*, pp. 1-2, <https://www.congreso.gob.pe/Docs/participacion/museo/congreso/files/mensajes/1881-1900/a-mensaje-1886-3.pdf>. Consultado el 3 de marzo 2022.
- Calmet, Augustin. *Tratado sobre los vampiros. Seguido de las reflexiones críticas del Padre Feijoo*. Traducido por Lorenzo Martín del Burgo, Reino de Cordelia, 2017.
- Coll, Edna. *Índice informativo de la novela hispanoamericana. Tomo V. El Altiplano (Bolivia, Ecuador, Perú)*. Editorial de la universidad de Puerto Rico, 1992.
- Denegri, Francesca y Marcel Velázquez. “Introducción. La literatura peruana durante el largo XIX (1780- 1920)”. *Volumen III: De la Ilustración a la Modernidad*, editado por Marcel Velázquez y Francesca Denegri. Fondo Editorial de la PUCP / Casa de la Literatura Peruana / Ministerio de Educación, 2021, pp. 11-21.
- “Directorio de Lima”. *El Almanaque para El Comercio* (1892). Imprenta de El Comercio, 1892, pp. 203-317.
- Gonzalez Rolando, Juan. *Discurso pronunciado por el Presidente Provisional del “Círculo Demócrata” Dr. Juan Gonzalez Rolando el 08 de enero de 1886 al hacerse cargo de la Presidencia el Dr. Elías Malpartida*. Imprenta del Universo, 1886.
- Honores, Elton. “Introducción”. *Los que moran en las sombras. Asedios al vampiro en la narrativa peruana*, editado por Elton Honores y Gonzalo Portals, El lamparero alucinado, 2010, pp. 11-28.

- Huárag, Eduardo. Siglo XIX: “La literatura peruana en proceso y la necesidad de replantearse la situación de los *otros* en la escena nacional”. *RIRA*, vol. 1, no. 2, 2016, pp. 117-140.
- Larrabure y Unanue, Eugenio. “Discurso del Sr. Larrabure y Unanue”. *El Ateneo de Lima. Publicación Mensual. Año I, tomo primero*. Imprenta del Teatro, 1886, p. 20.
- Mallqui, Flor y Carlos Astoncóndor. “Una reformadora social: Clorinda Matto de Turner y su experimentación con el naturalismo en *Herencia* 1895)”. *Herencia*, escrito por Clorinda Matto de Turner. Ediciones MYL, 2021, pp. 50-60.
- Matto de Turner, Clorinda. *Herencia*. Lima, Ediciones MYL, 2021.
- Prince, Carlos. *Mi estancia de medio siglo en Lima (1862- 1912)*. 1913.
- . *Lima Antigua. Series I- II- III*. Revuelta editores, 2021.
- Rossel, Ricardo. “Discurso del presidente de la Sección de Literatura y Bellas Artes, Sr. Ricardo Rossel”. *El Ateneo de Lima. Publicación Mensual. Año I, tomo primero*. Imprenta del Teatro, 1886, pp. 21-8.
- Soto, Clodomiro, y Enrique Ramirez. *Guia de domicilio é industrial de Lima y comercial de las provincias del Callao y Huancayo*. Imprenta Masías y Ca, 1887.
- Toro Montalvo, César. *Historia de la literatura peruana: Realismo-Naturalismo*. Editorial San Marcos, 1995.
- Torres Espinoza, Jannet. “El neocostumbrismo peruano (1885- 1914): sinsabores de Modernidad en Lima”. *Volumen III: De la Ilustración a la Modernidad*, editado por Marcel Velázquez y Francesca Denegri Fondo Editorial de la PUCP / Casa de la Literatura Peruana / Ministerio de Educación, 2021, pp. 337-71.
- TIP-TOP. “Desde mi ‘Chaise Longue’”. *Varietades. Revista Semanal Ilustrada*, no. 1148, 1930, p. 2.
- Valcárcel, Daniel. “Emancipación y República hasta 1899”. *El Perú Republicano*, PEISA, 1986, pp. 36-228.
- Váscones, Antenor J. *Don Jaime el prestamista ó los vampiros de la humanidad*. Imprenta del Universo, 1886.
- . “Carta de Antenor J. Vascones Suárez de Valdez”. *Obras completas de José de la Riva-Agüero. Epistolario Vaccari- Zuñiga Tomo I*, recolección por Margarita Guerra Martinière. Instituto Riva Agüero / Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015, pp. 382-3.
- Velázquez, Marcel. “Monstruos multiformes: la representación de los judíos en la narrativa peruana y ecuatoriana decimonónica”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, no. 83, 2016, pp. 201-24.



---. “El caso Belaochaga (1907). Represión policial y representación periodística de la homosexualidad en Lima”. *Anuario De Historia De América Latina*, vol. 57, 2020, pp. 324–51.

### **Sobre la autora**

Helen Flor Garnica Brocos es magíster en Literatura Hispanoamericana de la PUCP y bachiller de Literatura Latinoamericana por la UNMSM. Forma parte de la Red Interdisciplinaria de Estudios Latinoamericanos Siglo XIX, el Comité Editorial de la revista *Entre Caníbales*, el grupo “Narrativa, Sociedad, Derechos Humanos y Resistencia Cultural en el Perú Republicano” del Instituto Riva- Agüero y el grupo Lovecraft Perú. Ha ganado el primer puesto de ensayo en los “I Juegos Florales Nacionales Huancayo. De Cádiz a la Plaza de Constitución de Huancayo” (2013), la segunda edición del concurso Javier Heraud 2013 (Centro Federado de la FLCH de la UNMSM) y el “Concurso de Ensayos Conmemorando al Dr. B. R. Ambedkar” (2016) del Centro de Estudios Orientales. Actualmente se encuentra a punto de iniciar sus estudios de doctorado en Michigan State University.